

se encuentra ahora. En él se cumplió exactamente lo que él mismo aconseja en las últimas líneas de su libro: proyectarse más allá de Carl Schmitt. La gran lucidez del jurista alemán también puede percibirse en el filósofo francés. De ahí el gran aprovechamiento que se saca de la lectura de este libro.

Montserrat Herrero. Universidad de Navarra
mherrero@unav.es

MOYA CAÑAS, PATRICIA

El conocimiento: nuestro acceso al mundo. Cinco estudios sobre filosofía del conocimiento, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2013, 198 pp.

El presente libro es fruto de más de 20 años dedicados a enseñar y pensar la teoría del conocimiento. Su autora, Patricia Moya, es profesora de esta asignatura en la Universidad de los Andes de Chile. Lo primero a destacar es el carácter sistemático de esta obra. Más que un recorrido histórico, la autora nos presenta “cinco estudios sobre filosofía del conocimiento”. En cada uno de estos, P. Moya aborda alguna temática central para responder a la cuestión de qué sea conocer. La unidad del trabajo está garantizada, entre otras cosas, pues en cada uno de los capítulos se hace presente la tesis central del libro: el conocer es el modo en que el hombre accede al mundo.

La obra que presentamos tiene la particularidad de que siendo una aproximación metafísica a la naturaleza del conocer, se hace cargo de la especificidad que lleva consigo el conocer humano. Es este hombre de carne y huesos el que conoce. Atender a los elementos de carácter contingente que preparan y acompañan al acto de conocimiento de un sujeto corpóreo no es ocasión para problematizar sobre la universalidad de tal acto. El presente libro, más bien, muestra la intrincada y compleja relación que se da entre lo contingente y lo universal cuando es el hombre el que conoce; relación en la cual, no obstante, la primacía y el fundamento siempre corre de

parte de lo necesario. El sujeto cognoscente puede pasar del singular al universal por poseer en sí aquello que es actual: la luz del intelecto agente. Lo mismo se afirma de los primeros principios. Ahora bien, a pesar de apelar a lo “inmutable” del cognoscente, P. Moya destaca el papel cumplido por lo contingente cuando el cognoscente es un ser corpóreo. La experiencia es aquello primero que hace posible todo posterior conocimiento. Dar cuenta de cómo se realiza el paso desde la experiencia plural y contingente al concepto uno y necesario es uno de los aciertos de este libro. La estructura de éste va desde el fundamento a lo particular. Desde la consideración del conocer en cuanto tal al conocer en el hombre.

El primer capítulo o estudio versa sobre una cuestión clásica, pero no por ello del todo tenida en cuenta, la consideración del conocimiento como acto. P. Moya expone de un modo conciso y claro la crítica presentada por Aristóteles a la teoría explicativa del conocimiento sostenida por los naturalistas, explicación que afirma que lo semejante se conoce por lo semejante. En el *De anima*, el Estagirita muestra cómo la alteración que tiene lugar en el alma es de una naturaleza completamente diversa a la que se puede observar en el mundo corpóreo. En el conocer no hay propiamente corrupción, paso de la potencia al acto. El conocimiento es una operación perfecta, una operación en que se da identidad entre el cognoscente y lo conocido.

En el segundo capítulo la autora nos sitúa en un plano trascendental. Pensado formalmente, precisa, “ser persona es ser sujeto cognoscente”. En efecto, el conocer no es una operación que pueda ser identificada con alguna de las diez categorías Aristotélicas. Siguiendo a Tomás de Aquino, P. Moya enuncia las notas fundamentales del conocer: inmanencia, inmaterialidad e intencionalidad; y enriquece la exposición incorporando sugerentes reflexiones realizadas por pensadores del siglo XX: Fabro, Canals, Dewan, Polo, Inciarte. No obstante su complejidad, las características mencionadas son tratadas en profundidad y de modo sintético. La cuestión de la inmaterialidad, por ejemplo, da margen para dialogar con Searle y su teoría sobre “la perspectiva de la primera persona”, con Rorty y su pensamiento acerca de “la eliminación de lo mental”. P. Moya

pone de relieve la relación vinculante que se da entre cognoscente y objeto conocido, y, por tanto, argumenta a favor de que el conocer no es un proceso neurofisiológico, una producción o un efecto.

El tercer capítulo, como se advirtió, tiene un talante más antropológico. La autora trata la compleja relación que existe entre el conocer experiencial y el objetivo. Recuerda el principio filosófico afirmado desde Aristóteles de que todo conocimiento exige uno previo. Ahora bien, en cierto sentido, precisa la autora, se puede decir que lo absolutamente previo “es el conocimiento de la realidad en su singularidad” (p. 85). Para alcanzar un conocimiento del universal se requiere partir de la experiencia. En el hombre no hay lugar a innatismo. Determinar cómo se configura la experiencia y el papel que juega ésta en el conocimiento objetivo no es tarea fácil. En este sentido resulta sumamente provechosa la discusión que se entabla con McDowell y MacIntyre. Como señala P. Moya, “la continuidad entre experiencia y conocimiento intelectual responde a la adecuación o correspondencia entre la explicación racional y la realidad” (p. 117).

El cuarto capítulo versa sobre abstracción y conocimiento del universal en Tomás de Aquino. Para evitar que la abstracción sea entendida como abstraccionismo, se resalta la relación existente entre pensamiento y experiencia. Se busca poner en evidencia que la filosofía del conocimiento del Aquinate es una filosofía que se encuentra dirigida al mundo. “El modo abstracto en que se posee lo conocido no es un obstáculo para acceder a la realidad, sino más bien el modo propio como opera la inteligencia humana y la manera de comprender la realidad en la que el hombre está inserto” (p.126).

Por último se profundiza en la realidad del concepto. Se procura subrayar la relación bilateral que se da entre el sujeto y la cosa: tanto en su origen como en su término, el acto cognoscitivo coincide con la cosa conocida. De aquí que se haga hincapié en el carácter trascendente o referencial del conocer: “aquello que se comprende o se concibe es y no es la cosa” (p. 165). Una vez más sale a relucir el papel que cumple la experiencia y la realidad concreta del cognoscente en el acto de conocer: el concepto no es atómico, “no se da aislado de un contexto vital, ni tampoco del

contexto cognoscitivo del propio sujeto y de la comunidad a la cual pertenece” (p. 175). Finalmente, la autora desarrolla la doctrina del concepto, centrándose en los diversos niveles de conceptualización: (i) El concepto originario y fundante, (ii) el concepto que es fruto de una elaboración intelectual, y (iii) el concepto habitualmente poseído (p. 182).

María del Rosario Neuman L. Universidad San Dámaso
rosaneuman@yahoo.es

ODERBERG, DAVID S. (ED.)

Classifying reality, Wiley-Blackwell, Chichester (UK), 2013, 130 pp.

Clasificando la realidad plantea un viejo problema taxonómico que está muy unido a la génesis de la lógica y la ontología de Aristóteles, sin que al parecer el paso del tiempo haya disminuido su vigencia. Evidentemente la clasificación taxonómica de Aristóteles por el género y la diferencia específica fue de gran utilidad durante largas épocas de la historia de la ciencia, especialmente de la biología. Sin embargo la teoría de la ciencia contemporánea se ha tenido que volver a plantear si a partir de la lógica de Frege, Tarski o Quine se puede volver a reeditar un programa similar, aunque evidentemente haya muchos procedimientos y estrategias que cambiar. Precisamente con este fin en esta obra colectiva se dan seis pasos, los tres primeros analizan la naturaleza heurística de un proyecto taxonómico de este tipo, mientras que los tres últimos tratan de aplicar dicha propuesta a la biología.

1) En “*Predicación categorial*”, Jonathan Lowe analiza los criterios taxonómicos alternativos a la definición por el género y la diferencia específica que hoy día se siguen utilizando en las ciencias en general. Se justifica así la vigencia del recurso a las sustancias primeras individuales y ontológicamente independientes respecto de todas las demás; los tipos o sustancias segundas a las que se